La Comédiathèque

La Cantina de Pancho

Jean-Pierre Martinez

Adaptación mexicana
Mauricio Saldaña Guevara

comediatheque.net

Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra
Contactar con el autor :
comediatheque.net

La Cantina de Pancho

Una comedia de Jean-Pierre Martínez
Adaptación mexicana por Mauricio Saldaña Guevara

Una cantina enfrente del panteón, un accidente de autos y un boleto de lotería son el argumento de una comedia muy divertida para toda la familia.

Personajes :

Pancho: el dueño de la cantina que se la pasa resolviendo crucigramas y embriagándose.
Conchita: la cocinera soltera, ocurrente y con mucha chispa.
Juan: el trabajador de la funeraria que es muy movido.
Luis: el trabajador de la funeraria que es muy ingenuo.
Silvia: la heredera interesada y que le gusta aparentar.
Leticia: la adolescente embarazada y en apuros.
Carlos: el profesor, escritor y novio agobiado.
Jesús: el plomero más afortunado.
Blanca: la viejita amnésica y sorda.

Los papeles de Pancho, Juan y Luis pueden ser interpretados por mujeres.
Posibles repartos : 5H/4M, 4H/5M, 3H/6M, 2H/7M

© La Comédiathèque

ESCENA 1

En el centro, la barra. Por encima, un gran cartel diciendo "Cantina Pancho". En las paredes unos carteles de fútbol. Decoración simple. Dos o tres mesas. Detrás de la barra, Pancho, el dueño, haciendo un crucigrama en un periódico. Conchita, la cocinera, barriendo el suelo.

Pancho (*levantando la cabeza*) – Siempre está en obras...

Conchita se queda pensando.

Conchita (*inspirada*) – ¿Las carreteras...? Siempre están en obras, en reparación. (*Enseñando por la ventana*) Mira...

Pancho la mira, impresionado, cuenta las letras con sus dedos, y vuelve a su crucigrama. Pero en seguida se desilusiona.

Pancho – ¡Mta madre! Empieza con una A...

Entra Carlos, con su cartera en la mano, y perdido en sus pensamientos.

Carlos – Qué tal. (*Se aproxima a la barra*) Un café solo...

Pancho – ¿Café? ni que fuera velorio.

Pancho toma una botella de la estantería.

Pancho – ¿Un tequilita, para festejar?

Carlos (*sorprendido*) – ¿Festejar qué?

Pancho – Pues... festejemos que viniste, la semana pasada te extrañamos.

Carlos – No, gracias... Doy una clase en media hora...Tentador, la botella en la mano.

Pancho – Ándale... ¡No te van a poner el alcoholímetro!

Carlos – Está bien, pues...

Pancho le sirve un caballito de tequila, y aprovecha la ocasión para servirse uno él también.

Pancho – Ahora sí, a brindar por el buen tequila...

Carlos echa un vistazo al periódico de Pancho y lo agarra. Pancho se toma su tequila de un trago.

Pancho (*apreciativo*) – Ah...

Su sonrisa de satisfacción desaparece en seguida.

Pancho – Este tequila está muy suave, ¿no?

Carlos prueba su copa y pone mala cara de lo fuerte que es.

Carlos – Es que usted ya no se acuerda del sabor del agua...

Pancho mira el nivel en la botella.

Pancho – ¡Qué raro! Ayer estaba casi llena...

Agarra un bolígrafo y traza una línea para marcar el nivel en la botella antes deponerla de nuevo en la estantería.

Conchita acaba de barrer, y se va a la cocina.

ESCENA 2

Carlos está tomando su copa cuando se atraganta viendo llegar a Silvia, de negro, y su hija Leticia. Carlos y Leticia se echan una mirada de sorpresa. Silvia no se percata.Carlos intenta esconderse detrás de su periódico, mientras Leticia y su mamá van asentarse.

Silvia (*examinando el lugar*) – ¿Qué lugar tan cochino, no crees?

Leticia – Pues, es popular...

Silvia – Por eso, lo popular siempre está cochino... Lo bueno que no hay nadie... Aparte que rara ubicación, enfrente del panteón...

Silvia echa un vistazo hacia el dueño, que se aproxima para saber lo que desean.

Silvia (*de manera que Pancho no escuche*) – ¿Ya viste lo borracho que está tan temprano?

Pancho – Buenos días... ¿Qué desean?

Silvia – Un té con... (*Con asco*) Un té... Sin nada.

Leticia – Y una limonada, por favor.

Pancho – Pues van a ser dos cervezas porque esto es una cantina, lógicamente no hay té ni limonadas.

El dueño se va. Silvia observa los carteles de fútbol.

Silvia – Los hombres y el futbol, lo ven en la tele, tomando sus cervezas... que pasatiempo tan absurdo que lo único que provoca es que les crezca la panza...

Leticia saca un paquete de cigarrillos y está por encender uno.

Silvia (*con sorpresa*) – ¿Fumas?

Leticia – Sí... Desde hace cinco años. ¿No lo habías notado?

Silvia – Leí en una revista, el otro día en el salón de belleza, que cada cigarro te quita diez minutos de vida. (*Después de un momento)* ¿Cuántos cigarros fumas tú?

Leticia – Según mis cálculos, tendría que haber muerto hace seis meses ya. Y mira nomás, vivita y coleando.

Pancho lleva las bebidas.

Silvia (*con un suspiro*) – Así que, al final, no era varicela...

Leticia – ¡Una cirrosis en un hombre borracho de más de setenta y cinco años, lógico!¡En qué cabeza cabe confundir varicela con cirrosis! Pinche doctorcito que contrataron eh.

Silvia – ¡Ay qué querías, era un residente! Les pagan tan mal que ni piensan... pero bueno, de todas formas, era incurable... (*Después de un momento*) No puedo creer que tu abuelo ya no esté.

Leticia – Antes de ser mi abuelo, era tu padre, ¿verdad...?

Silvia – Siempre tuve conflictos para entenderme con él...

Leticia – Pues ahora ya no los puedes arreglar...

Silvia – Una amiga me contó que fue con la psicóloga quince años seguidos para animarse a volver a hablar con su padre. ¡Quince años! ¡¿Cómo ves?!

Leticia – ¿Y...?

Silvia – Pues... que después de los quince años intentando, se enteró que su padre estaba muerto…

Sin que su madre lo note, Leticia intercambia con Carlos unas miradas inquietas.

Leticia – ¿Y la abuela?

Silvia – Ni siquiera se acuerda de que estaba casada... ¿Para qué le digo ahora que es viuda...?

Pancho hojea su periódico.

Pancho (*leyendo*) – El suicidio es la primera causa de muerte entre los adolescentes... Pues claro, cuando uno tiene diecisiete, ¿de qué más se puede morir?,¿de viejo?

Leticia – ¿Tú sabías que ya había dejado su funeral pagado?

Silvia – No...

Leticia – Es muy raro, ¿no?, escoger tu ataúd antes de morirte, como si fueras a tu último shopping...

Silvia – Pues tan siquiera es cómodo para los demás. No tienen que hacer nada...

Leticia (*con ironía*) – Y tampoco tienen que pagar nada...Silvia saca de su bolso un espejo y se mira.

Silvia (*espantada*) – ¡Ay! ¡Ni yo misma me reconocería si me viera por la calle! Voy adarme una manita de gato, si no, van a creer que a la que hay que enterrar es a mi.

Silvia, yendo hacia el lavabo, se topa con Carlos, aunque éste haga lo posible para pasar inadvertido, escondiéndose detrás de un libro de Kant. Silvia duda un segundo antes de dirigirse a él con una gran sonrisa.

Silvia – ¿Carlos? ¡Soy Silvia! ¿No te acuerdas de mi? Fuimos juntos a la prepa...

Carlos (*con entusiasmo fingido*) – ¡Silvia...!

Silvia – ¡Que gusto! ¿Qué ha sido de tu vida?

Carlos – Pues, sigo en la prepa...

Silvia – ¿Cómo?

Carlos – Primero alumno, después conserje, ahora profesor. Era la única solución para que no me corrieran... ¿Y tú?

Silvia – Yo... Pues... Me casé... Y luego me divorcié...

Pancho (*sentencioso*) – Bueno... Más vale solo que mal acompañado... ¿No?

Silvia le echa una mirada asesina.

Silvia (*a Carlos*) – ¿Sigues escribiendo teatro...?

Leticia parece sorprendida.

Carlos – No... Ya no...

Silvia parece decepcionada. Carlos rectifica.

Carlos – Ahora estoy escribiendo novelas...

Silvia – ¿Novelista? ¡Padrísimo! Me vas a tener que dedicar uno de tus libros.

Carlos (*confuso*) – Claro que sí...

Silvia – ¿Y aparte de eso? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

Carlos – No, sigo soltero...

Silvia – Y pensar que ahora mi hija tiene la misma edad que tus alumnos... ¡Cómo pasa el tiempo...! (*Señalándole a Leticia*) ¡Mira, aquí está!

Carlos echa una mirada confusa a Leticia.

Carlos – ¿Leticia? ¡Yo le doy clases...! No sabía que era tu hija...

Silvia – Lleva el apellido del papá... Lo único que le dejó el muy desgraciado cuando se largó... ¿Y tú? Eres su profesor el fuertote de educación física, ¿verdad? Habla mucho de ti, ¡eh!

Carlos – Ah caray... no. De filosofía...

Silvia – ¡Claro! (*A Leticia*) el ñango sin chiste. (*A Carlos*) Tienes más bien la estatura de un profesor de filosofía... Oye, ¿y es cierto que mi hija no se lleva bien con Kant yesos filósofos? ¿Crees que por fin vaya a sacar la prepa? Porque ya lleva tres años en cuarto semestre... Siempre tuvo un espíritu un poco… abstracto. Además, la filosofía... ¿no lleva a nada, verdad?

Carlos – Pues...

Silvia – Mira. Si yo me entero que esta niña vuelve a coger... el mal camino, la meto en una escuela de puras mujeres, una de esas escuelas de monjas donde puedes entrar sin el certificado de bachillerato, con que te sepas el ave maría te dejan entrar. Ya encontré una. Es cara, pero ni modo... Es que esas monjitas de verdad son unas santas, las enseñan a rezar, a hacer quehacer y hasta matemáticas. Estoy fascinada porque esta muchacha no se sabe ni limpiar la co...

Leticia (*agobiada*) – ¡Mamá!

Silvia (*suspirando*) – Es muy difícil para una mujer sola educar a una niña... ¿Sabes lo que decía Freud sobre la educación de los niños?: «Haz lo que quieras, de todas formas estará mal...». Bueno, disculpa, tengo que ir al baño a enterrar algo…Silvia prosigue su camino hacia el lavabo.

Leticia (*enojada*) – No sabía que conocías a mi mamá.

Carlos – Pues yo tampoco...

Leticia (*preocupada*) – Tengo que verte esta noche... ¿Voy a tu casa?

Carlos – Mira, Leti, no creo que sea una buena idea. Esto ya no nos va dejar nada bueno...

Leticia – ¿Esto?

Carlos – En una semana, si Dios quiere, saldrás por fin de la prepa.

Leticia – ¿Dios?

Carlos – El año que viene, irás a la universidad... o a una escuela de monjas que te enseñen a limpiarte la cola, no sé. Y yo seguiré en la prepa, como siempre.

Leticia (*alzando la voz*) – ¿La prepa? Ahora, te encantaría que pasara, ¿verdad? Así en agosto podrás encontrar otra más jovencita para darle clases particulares...

Carlos, sintiéndose muy mal porque hable tan fuerte, contesta en voz baja.

Carlos – Pero... ¡Podría ser tu papá!

Leticia (*irónica*) – ¿Lo dices por haber conocido tan bien a mi mamá hace años

Carlos – Lo digo porque tengo cuarenta...

Leticia – Pues podría denunciarte por corrupción de menores...

Carlos – Tienes veinte...

Leticia – Bueno... Por acoso sexual, entonces.

Carlos (*con indiferencia fingida*) – Haz lo que quieras. A lo mejor, me harías un favor si me corren de la prepa por tus escándalos.

Leticia (*levantándose, con desprecio*) – ¡Hijo de tu pinche madre!

Silvia sale del lavabo. Leticia y Carlos se callan.

Silvia (*a Carlos, encantadora*) – ¿Por qué no vienes a nuestra casa alguna noche? Cena de solteros... (*A su oreja, sugerente*) A ver si conseguimos reanimar el fuego...

Carlos, molesto, contesta con una sonrisa fingida.

Carlos – Después hablamos, ¿sí?

Silvia – Bueno, ¿vienes, Leti? (*A Carlos*) Tampoco me la canses mucho, ¿eh? Que sigue siendo una niña.

Silvia y Leticia se van. Carlos se queda, trastornado pero aliviado. Pancho no se ha perdido nada de la conversación, pero hace como si no hubiera escuchado.

Carlos – Los riesgos del oficio... ¿Puedo contar con tu discreción? Si esto sale de aquí, me corren de la prepa... directito a la cárcel.

Pancho (*sentencioso*) – Una cantina es como un confesionario. Puedes considerarme tu confesor.

De repente, Leticia vuelve muy enojada, y pone algo en la mano de Carlos.

Leticia – Toma, es el primer examen que paso, gracias a ti. Te dejo el diploma de recuerdo...

Leticia se va. Carlos mira la cosa incrédulo. Es una prueba de embarazo.

Pancho (*con una sonrisa*) – Mira nomás, cuando hay dos rayas, es que son gemelos...

Carlos se va, muy preocupado. Pancho suspira, antes de volver a su crucigrama.

ESCENA 3

Conchita llega desde la cocina con una revista. Aprovechando la distracción dePancho, se sirve una copa de tequila, la bebe de un trago. Vuelve a poner la botella en su lugar cuando Pancho le echa una mirada sospechosa. Conchita abre su revista y se pone a leer con una sonrisa inocente. Pancho observa la portada de la revista.

Pancho – ¿Ahora lees revistas de ligue?

Conchita – Leo los anuncios...

Mirada de sorpresa de Pancho.

Pancho – ¿Buscas una buena pistola de segunda mano o qué?

Conchita – ¡Cállate, leo los anuncios matrimoniales!

Pancho – ¿Y qué tal?

Conchita – Pues, como con los carros... Tienes que hacer un buen estudio comparativo antes de decidirte...

Pancho – ¿Y ya encontraste el modelo que buscas?

Conchita – Todavía no. Desgraciadamente, pasando los cincuenta, tienes que conformarte con la oferta dinosaurios, que diga veteranos...

Se oye el tono de un teléfono (una música de boda). Conchita saca su celular.

Conchita (*muy contenta*) – Ay es el mío... Me lo regalé por mi cumpleaños...

Intenta contestar la llamada, pero, como no esta acostumbrada al aparato, no puede.

Conchita – ¡Carajo!, ¿cómo funciona esta porquería...?

Pancho la mira desconcertado. Conchita logra por fin hablar con su interlocutor.

Conchita (*con amabilidad afectada y en voz muy alta*) – Dígame... Sí, soy yo... Sí, buenos días... Sí, cuarenta...

Se da cuenta de que Pancho la está escuchando.

Conchita – Bueno, digamos que más cerca de cuarenta que de cincuenta... Vi su anuncio por casualidad en la revista de 12 corazones y... Bueno, yo ligo muy poco... Sí,soy divorciada, ¿Y usted? (*Su sonrisa desaparece*) ¡Ay...! ¿Y de qué falleció? Si no es indiscreción, claro... ¡Ay...! De seguro sufrió mucho, ¿no? Yo digo que para esos casos lo mejor es la eutanasia, ¿verdad?

Pancho la mira, estupefacto.

Conchita – Sí. Seguro su muerte le dejó un gran vacío... No, yo no tengo animales...Bueno solo un hijo de 17 años... Que es prácticamente lo mismo verdad... ¿A usted le gustan los niños? No, lo digo por el mío, para nosotros dos ya es un poco tarde, ¿no cree? (*Conchita se da cuenta de que Pancho la está escuchando*) Mire, ahorita estoy trabajando, pero si quiere puede pasar aquí... La Cantina Pancho, ¿le suena? Frente al panteón... Exacto. Pues, hasta al rato, entonces...

Conchita cuelga y deja su celular en la barra. Pancho, suspicaz, está comprobando la raya que marcó en la etiqueta de la botella de tequila.

Conchita – No hemos visto a Pepe en todo el día de hoy. Qué raro, ¿no?

Pancho – No ha venido a echar su tequila ni a jugar la lotería... Debe estar enfermo.

Conchita – Hace tanto tiempo que siempre le apuesta a su número del seguro social...Imagínate que saliera justo cuando no lo hubiera apostado... Pancho señala la página de su periódico a Conchita.

Pancho – ¡Hablando de la lotería...! ¡Mira...!

Conchita – ¿Qué?

Pancho – ¡El premio mayor! El ganador compró su boleto aquí.

Conchita – No me digas...

Pancho – ¡Lo dice el periódico! ¡75 millones!

Conchita – ¿De pesos?

Pancho – ¡De dólares! Imagínate lo que puede hacer uno con 75 millones de dólares...

Aparentemente, Conchita no puede imaginarlo.

Pancho – ¡Si lo compraron aquí seguro lo conocemos...!

Conchita – A lo mejor es soltero...

Pancho – ¿Quién sabe...? A veces, los ganadores prefieren permanecer en el anonimato...

Pancho se sirve una copa de tequila.

Conchita – Como los alcohólicos...

Pancho se bebe su tequila, antes de tocarse la barriga.

Pancho – No sé qué tendrá este tequila, no me sienta bien. Me duele la panza.

Conchita – ¡Qué va a ser el tequila! Es el estrés. Ya verás, cuando te jubiles ya no tendrás dolor de panza.

Pancho – Claro... Y cuando me muera no tendré dolor de nada...

Traza otra raya en la etiqueta de la botella.

Conchita – Bueno, yo me voy al mercado.

Conchita sale. Su celular, olvidado en la barra, suena.

Pancho (*suspirando*) – Se le quedó el teléfono... ¡Chingao...!

Después de uno o dos intentos fallidos, consigue contestar la llamada.

Pancho (*poco amable*) – ¡Dígame! No, no soy Conchita, soy Pancho... ¿De parte de quién? ¿Jesús? ¿Qué anuncio? ¿La revista de ligues...? ¡Ah!, no, bueno, sí... Espérese tantito. Este celular no es mío, y... (*Mirando el teléfono*) ¡Ah canijo! Colgó...

Pancho vuelve a dejar el teléfono en la barra.

ESCENA 4

Entran dos empleados de funeraria, con trajes negros y gafas de sol.

Pancho – ¡Ámonos! Ahí vienen los Hombres de Negro. ¿Cómo anda el negocio?

Juan – La gente ya ni respeta las tradiciones. Hasta los funerales se retrasan. Por lo menos, nos da tiempo pa' tomar algo. (*Echa un vistazo por la ventana.*) Aunque le tengo que echar un ojo al coche fúnebre.

Luis – ¡Ya nomás falta que nos lo robaran mientras tenemos un cliente ahí dentro!

Juan – Cállate baboso, Pancho, ¿estás dormido o qué?

Pancho – Ni que tu cliente tuviera prisa... ¿Qué les sirvo?

Juan – Pues lo de siempre. (*Con una segunda intención*) Equipo que gana no se cambia, ¿verdad?

Pancho le sirve una copa, pero no contesta.

Juan (*insistiendo, con ironía*) – ¿Viste el partido ayer?

Pancho – Ni empieces a fregar, que el segundo era fuera de lugar...

Juan (*escandalizado*) – ¿Cómo que fuera de lugar? Nombre ches chivas ya no saben ni que inventar.

Pancho – Los árbitros cada día están más imbéciles.

Juan – Oilo.

Conchita vuelve con las compras.

Pancho (*a Conchita*) – Concha ¿verdad que el segundo era fuera de lugar?

Conchita – Más claro que el agua, no es que deberás esos árbitros ya no saben ni que inventar para disimular que están vendidos.

Luis – No, el América no necesita andar comprando árbitros, sin ayuda de nadie es el más grande

Se toca el pecho y luego señala al cielo.

Conchita – Ay Luisito no seas ridículo, y que me dices del mentado Cuau que siempre estaba lesionado el muy chillón, ese debería ser actor, no futbolista...

Juan se encoge de hombros.

Juan – Oiga pues no es teatro, son accidentes que pasan.

Juan y Luis se toman sus copas.

Luis – Y vaya que los accidentes pasan eh. Nosotros estuvimos a punto de tener uno.Se me había olvidado cerrar bien la cajuela del coche. Y al pasar por unas calles que están en obras, por poco se nos cae el ataúd en la autopista...

Pancho (*la cara iluminada*) – ¡Autopista! ¡Está en obras y empieza con A!

Pancho vuelve con precipitación a su crucigrama, bajo la mirada estupefacta de los demás.

Pancho (*decepcionado*) – Mta madre... Tiene muchas letras... Conchita se va hacia la cocina con sus compras.

Juan intenta atraer la atención de Pancho hacia su copa vacía.

Juan (*mirando los pies de Pancho*) – Oye que chulos tus calcetines... ¿Los hacen también para hombres?

Encogiéndose de hombros, Pancho llena otra vez los vasos de los empleados de la funeraria.

Luis – Bueno ya estuvo de copas Juan... Ya hay un chorro de muertos en las carreteras...

Juan – A nuestros clientes ya no les puede pasar nada grave... (*Toma su copa*) Aunque... fíjate, el mes pasado incineramos a la señora López...

Pancho – ¿Qué López?

Juan – La que su marido tenía una tienda de disfraces... Murió de un infarto...

Pancho – ¡Ah!, sí...

Juan – Pues el marido no estuvo viudo mucho tiempo...

Pancho – ¿Ya se volvió a casar?

Juan – Cáncer de páncreas... Lo enterramos la semana pasada.

Luis (*a Pancho*) – Ya ves. Y eso que era más joven que tú.

Pancho – No existe la justicia...

Luis (*suspirando*) – Así es la vida...

Juan – Sea lo que sea, al marido se le olvidó avisarnos antes de la incineración de que su mujer traía un marcapasos. Resulta que en medio de la ceremonia, ¡pum!, la pila de litio explotó con el calor... La puerta del horno salió disparada contra la pared.

Luis – Que suerte que no había nadie cerca.

Juan – No sabes cómo se puso la familia. Bueno, menos la señora López, claro. El chiste es que al final nadie resultó herido, afortunadamente... Pero nos va costar un huevo.

Luis – Un aparato de ésos es bien caro, más que un horno para pizzas...

Pancho – Pues no me imaginaba que su chamba fuera tan peligrosa...Los dos empleados toman sus copas.

Pancho – Me extraña no haber visto a Pepe...

Juan – ¿Pepe? ¡Si lo acabo de ver en un coche de lujo...!

Pancho (*estupefacto*) – ¿Entonces sí era él el que se sacó la lotería?

Juan – Pues, si así lo quieres ver... Se murió. ¡Es el que está en nuestro coche fúnebre!

Pancho – No juegues...

Luis – Le dio cirrosis.

Pancho – ¿Pepe? Pobrecito... Si lo vi hace tres días. Cuando vino a apostar su boleto de la lotería, como siempre... Y mira que podría haber ganado: se vendió aquí en la cantina el boleto premiado de esta semana.

Conchita sale de la cocina.

Conchita – ¿Y sí era él...?

Pancho – ¿Qué si era qué?

Conchita – ¡El ganador! No ha aparecido... Tendrá un buen motivo para no aparecer...Pancho – Es muy fácil de saber: siempre jugaba con su número del Seguro Social...

Busca en el periódico el resultado de la lotería.

Pancho – 3, 09, 00 y el número complementario el 14...

Conchita – A ver. ¿Y cuál era el número del Seguro Social de Pepe?

Los demás hacen gesto de no saber.

Pancho – ¡La suerte que tendría, el muy canijo! 75 millones de dólares...

Juan – Estaría mejor pesos, estamos en México...

Pancho – Nombre, no creo que los herederos prefieran el premio en pesos.

Conchita – Aparte que son un montón de hijos, y por dinero, se pelean como gallos...

Luis – ¿Que harías tú, Pancho, si te tocara el premio mayor?

Pancho – Les invitaría 3 rondas seguidas... Pero nunca apuesto, nomás los vendo.

Conchita – Si a mí me tocara el premio mayor, haría un viaje a la luna.

Los demás la miran, pasmados.

Conchita – Venía en el periódico: que ahora los millonarios sueñan con pagarse un viaje en cohete.

Luis – ¡Ah sí como mi abuelito!

Conchita – ¿Tu abuelo se pagó un viaje en cohete?

Luis – No, también lo soñaba.

Juan – Ay ya cállate tú, Pancho, otra copita para celebrarlo.

Pancho – Y dicen que el que no tiene llenadera soy yo.

Juan hace un gesto para significar que no importa. Pancho llena los vasos otra vez.

ESCENA 5

Entra Blanca, con un pañuelo cubriéndole la cabeza. Sin decir nada, coloca unas manzanas en la barra. Los demás la miran, sin saber cómo reaccionar. Blanca pone un papelito en la barra. Conchita se inclina para leerlo.

Pancho – ¿Qué dice?

Conchita – Que, si compramos cuatro, la quinta es gratis...

Juan (*viendo las manzanas)* – ¿Qué chingaos es eso?

Luis – ¿No son manzanas?

Conchita – ¡Pero parecen desperdicios!

Pancho – Es que están podridas, ¿no?

Luis (*lleno de compasión*) – Bueno... Si compramos dos cada uno...

Pancho – ¿Qué fregados vamos a hacer con dos manzanas podridas cada uno

Conchita – Sí. Además, sólo son cinco...

Pancho (*en voz alta, a Blanca*) – No, gracias, ya tenemos todo lo que necesitamos.

Conchita – ¿Para qué gritas? Si es sorda...

Blanca recoge sus manzanas, enfadada.

Pancho – No estoy gritando. Ar-ti-cu-lo. Para que me pueda leer los labios...

Blanca se va. Antes de salir, se da la vuelta.

Blanca – ¡Bola de codos!

Sale. Los demás se quedan parados.

Juan – Por lo menos no es muda...

Pancho – Casi caíamos.

Conchita (*pensativa*) – Me recuerda una historia...

Pancho – ¿A la bruja de Blancanieves?

Conchita – No, un libro que acabo de leer.

Saca un libro, tipo novela rosa, y lo pone en la barra.

Conchita – Se llama «Una mujer es una mujer».

Pancho – ¡Apoco sí!

Conchita – La trama pasa en Florida. Es la historia de una joven gringa millonaria,sordomuda, que se enamora de un seminarista francés que predica en Miami... La pobrecita está muy mal porque no sabe cómo confesarle su amor...

Pancho – ¿Por qué es seminarista?

Conchita – Sí... Y además porque ella es muda. Pero él también está enamorado de ella, pero no saben cómo entenderse...

Luis – ¿Por qué es tímido?

Conchita – Bueno, sí... Y además porque ella es sorda.

Pancho – ¿No le puede leer los labios?

Conchita – Sí... El problema es que él sólo habla en francés, y ella, pues, sólo sabe leer los labios en inglés, porque es gringa...

Juan (*un poco perdido*) – Claro...

Conchita – Para darle una sorpresa, él aprende lenguaje de señas...

Pancho – ¿Y pues también el inglés no?

Conchita – El día del amor y la amistad, la invita a cenar en un restaurante de lujo para declararle su amor.

Juan (*apasionado*) – ¿Y luego?

Conchita – Pues, de la emoción, ella recupera la voz y el oído.

Pancho – Nombre pues que desperdicio de tiempo para el padrecito aprender lenguaje de señas para nada…

Conchita – ¡No! Porque después los dos deciden abrir una escuela para sordomudos...

Luis (*preocupado*) – ¿Pero se casan?

Conchita – Claro.

Pancho – Pero si es seminarista...

Conchita – Al final, él se hace protestante para poder casarse con ella...

Silencio,durante el que todos reflexionan sobre esta emocionante historia.

Conchita – Bueno, pues yo tengo que volver a mi cocina...

Conchita sale. Los empleados toman sus copas. Pancho vuelve a su periódico.

Pancho (*leyendo*) – El tabaco mata también a los no fumadores... ¿Tons pa' que dejamos de fumar?

Juan – Hablando de muertes, ¿sabes lo que me preguntó mi hija, hoy en la mañana, cuando la llevaba a la escuela en el coche fúnebre?

Pancho – ¿Llevas a tu hija a la escuela en el coche fúnebre?

Juan – ¿Pues qué tiene? Es un vehículo de trabajo. Como si fuera policía y la llevara en la patrulla (*Enojado*) Bueno, ¿sabes lo que me preguntó?

Pancho – No.

Juan – ¿Adónde va uno cuando se muere...?

Pancho – ¿Y qué le contestaste?

Juan – ¿Tú qué crees?

Pancho – No sé.

Juan – Pues eso. Le contesté que no lo sé.

Pancho – ¿Y luego?

Juan – Pues que me dice la chamaca: "ay papá, ¡cuando uno se muere, va al panteón!".

Pancho le mira, desconcertado.

Pancho – Claro, con la chamba que tienes, le sorprendió que no sepas.

Juan – ¿Y a dónde va uno cuando se muere...? Si ni siquiera sabemos adónde vamos cuando vivimos...

Pancho llena de nuevo los vasos, y nota que la botella esta vacía al servir a Juan.

Pancho – Ya se acabó. Chupan como si me odiaran. Bueno, dejen bajo por más.

Mientras Pancho baja al sótano, Juan echa un vistazo al periódico.

Luis (*leyendo*) – Violada por su suegro el día de su boda, se tiró al tren en el que se iba a ir de luna de miel y provocó un terrible accidente...

Juan – Que cosas pasan, no me sorprendería si mañana es el apocalipsis...

Conchita vuelve a limpiar la barra.

Pancho – ¡Válgame, Dios!

Pancho vuelve del sótano.

Pancho – ¡Parece que tenemos cascadas aquí abajo!

Luis – ¿En el sótano...?

Pancho – De seguro se reventó una tubería... Voy a cortar el agua.

Pancho se dirige al registro.

Conchita – Sí, ¿pero y yo cómo le hago? Sin agua...

Conchita vuelve a su cocina.

Juan – ¿Y nosotros? Sin vino...

Pancho – Bueno, dejen le llamo al plomero... Aquí queda tequila...

Pancho sirve tequila a los empleados de la funeraria. Luis lo prueba primero.

Luis – Sabe a agua...

Pancho mira en las páginas amarillas. Luis echa una mirada al periódico.

Pancho (*leyendo en la lista de teléfonos*) – Díaz, Domínguez, Duarte...

Luis (*leyendo en el periódico*) – Los rioverdenses hacen el amor cada tres días... (*Pensativo*) Ay canijo...

Pancho marca el número. Conchita sale otra vez de su cocina.

Conchita – ¿Y qué? ¿Viene el plomero o no?

Pancho (*llamando*) – No contesta...

Conchita – Bueno, voy a aprovechar para ir a la panadería...

Luis – Conchita ¿sabías que según el zona media los rioverdenses hacen el amor cada tres días?

Conchita (*irónica*) – ¿Y no dice de las rioverdenses?

Luis (*mirando en el periódico*) – Pues, no, no dice.

Conchita – ¡Cada tres días...! Si supiera que las rioverdenses tres veces al día...

Conchita sale por el pan. Pancho marca al plomero de nuevo.

Luis – ¿Qué? Es un promedio...

Juan – Imagínate las cosas que tienen que hacer para mantener el promedio.

ESCENA 6

Pancho – Ah, por fin... ¿Bueno? Lo oigo muy cortado... ¿Está manejando, verdad? Bueno, que tiene no me tardo. Se me reventó una tubería en el sótano... En la CantinaPancho... Frente al panteón. ¡El panteón...! ¿Me oye...? ¡No, enfrente! ¿Bueno?

En este momento, se oye el ruido de un coche frenando, y luego estrellándose. Los empleados miran hacia afuera.

Juan – ¡Ay Diosito!

Pancho (*colgando*) – ¡Carajo! Ya me colgó...

Luis – Híjole, no sabía que los ataúdes volaban...

Los empleados salen precipitadamente. Pancho va a echar un vistazo por la ventana.

Pancho – ¡Uyyy! Pobre Pepe... Menos mal que está muerto...

Jesús entra, dando el brazo a Blanca. La viejita ya no lleva el pañuelo en la cabeza *y Pancho no la reconoce.*

Blanca – ¿Se ganó la licencia de conducir en una rifa o porque maneja tan mal? Por poco me mata...

Jesús – ¡Pero si usted se me aventó a la camioneta! (*A Pancho*) Usted vio todo, ¿verdad? Como cruzó la calle como loca...

Blanca – No sabe manejar... y ahora me dice que estoy loca.

Pancho (*a Blanca*) – Siéntese señora...

Jesús (*a Pancho)* – Podría darle algo un poquito fuerte, para reanimarla...Pancho le sirve a Blanca una copa de tequila. La viejita se lo bebe de un trago.

Blanca – ¡Sabe a agua, este tequila!

Pancho llena de nuevo la copa. Ella lo bebe de un trago otra vez.

Blanca – Todavía me siento muy débil...

Pancho – Oiga no, ya basta.

Jesús – Ya ve que no tiene nada. Ni siquiera la toqué. Pero mi camioneta, destruida...

Blanca – Casi me mata, y se preocupa por su camionetilla chatarra...

Jesús – Pues antes de ser chatarra, era una camioneta nueva. (*A Pancho*) ¿Sabe dónde están los de la funeraria? Tenemos que hablar, salió volando el ataúd.

Pero Pancho se preocupa de la vieja.

Pancho – ¿Cómo está la abuelita?

Blanca (*enojada*) – No soy su abuelita...

Pancho (a Jesús) – Tenemos que avisarle a la familia, que vengan a recogerla. (*A Blanca*) ¿Quiere que llamemos a sus hijos?

Blanca (*mirándole*) – ¿Hijos? No sé si tengo...

Pancho – ¿No sabe?

Blanca – Pues, si tengo, no sé qué hice con ellos.

Pancho – ¿Pero cuál es su apellido?

Blanca – ¿Y a usted qué le importa? ¿Es policía?

Pancho – ¿Está casada?

Blanca – ¿Casada? Claro, iba a ver a mi marido al panteón cuando este viejo baboso me atropelló con su camioneta.

Pancho – Y su marido, ¿dónde está?

Blanca – ¿Mi marido? ¡Pues muerto!

Pancho – ¿En el accidente?

Blanca – ¿Qué accidente...?

Jesús (*perdiendo la paciencia*) – Bueno. Ya que nadie está herido, no hace falta que yo me quede aquí...

Pancho – Oye cómo crees espérate. Me la traes aquí después de atropellarla, no te vas a ir así nada más. Ya tengo un problemota en el sótano...

Jesús – Está bien. ¿Qué hacemos entonces?

Pancho (*a Blanca*) – ¿Qué dice en la tumba de su marido?

Blanca – Pues... "Descanse en paz", si mal no recuerdo.

Pancho – No, el apellido: ¿cuál es su apellido?

Blanca indica que no lo sabe.

Pancho – Está en estado de shock... Pero espérate, ya verás que sí se va a acordar...(*A Blanca*) Concéntrese... ¿Con qué letra empieza su apellido?

Blanca – No sé, ¿y el suyo?

Pancho (*perdiendo la paciencia*) – Ay uno trata de ser amable pero ya me desesperó esta vieja.

Jesús – Parece que es medio extraña, ¿no? A *lo mejor se escapó de un manicomio...*

Blanca hace muecas como si estuviese loca.

Jesús – A menos que esté borracha...

Pancho – ¿Borracha?

Jesús – Con todo el tequila que le diste...

Pancho – ¡Andale! Ahora es culpa mía. (*Suspicaz*) Aunque, normalmente, no es a las víctimas a las que les hacen el alcoholímetro... ¿Quieres que llame a la policía?

Jesús (*conciliador*) – Bueno, no es necesario molestar a la policía. Dejemos a la anciana descansar un ratito. Y yo voy a ver si puedo arrancar la camioneta. Si no, tendré que llamar a la grúa...

Jesús sale. Los empleados de la funeraria vuelven con el ataúd sobre los hombros.

Pancho – ¿Pero qué chin… chunfletas traen ahí?

Juan – ¡Es Pepe! Pobrecito, no podíamos dejarlo así en medio de la calle...

Blanca se acerca al ataúd.

Blanca – ¿Pepe...?

Los empleados ponen el ataúd encima de la barra. Juan agarra el celular olvidado por Conchita.

Juan – ¿Me das chance llamar a la oficina?

Pancho – Pues como quieras... Es el celular de Concha.

Juan marca el número.

Juan – ¡Carajo! No contestan. Se habrán ido a comer...

Deja el teléfono en la barra.

Juan – Pues tenemos que arreglar esto en algún lugar. La tapa esta rota. Tenemos que cambiarla.

Pancho – ¿Aquí?

Juan – Pues si nos dejas aquí, no se tendría que aplazar la ceremonia. La familia fue ala florería... Se van a tardar 15 minutos máximo... Es sólo ir a recoger una tapa nueva y regresamos. Estoy seguro de que a Pepe le hubiera hecho muy feliz pasar un último rato con ustedes aquí en la cantina... ¿Dónde podemos dejarlo para que no moleste...?

Pancho (*dudoso*) – El sótano ya esta inundado. Así que, aparte de la cocina no hay muchas opciones...

Tomándolo como una proposición, los empleados se llevan el ataúd hacia la cocina, bajo la mirada espantada de Pancho.

Blanca – ¿No será mi marido?

Pancho entra a la cocina, preocupado. Blanca les sigue también, pero se detiene cuando suena el celular de Conchita. Blanca agarra el teléfono y contesta.

Blanca – ¿Sí...? ¿Que si me puede decir Conchi? Si usted gusta... Sí soy casada,bueno más bien viuda... Precisamente iba a enterrar a mi marido... está en la

cocina. ¿Mi edad...? Más cerca de ochenta que de veinte… (*La sonrisa de Blanca desaparece*) Colgó. ¡Viejo maleducado...!

Blanca continúa hacia la cocina con el celular en la mano. Los otros vuelven sin el ataúd.

ESCENA 7

Silvia y Leticia llegan, enloquecidas.

Silvia – ¿Pero qué le pasó a mi papá?

Juan – Pues hubo... un pequeño accidente de circulación.

Leticia – Pensaba que había muerto de cirrosis...

Juan – Puedo explicárselo. Todo se va a arreglar...

Los empleados de la funeraria hacen un aparte con Silvia y le dan explicaciones en voz baja. Carlos vuelve, buscando a Leticia.

Carlos – ¿Hablaste con tu mamá...?

Leticia – Está intentando enterrar a su papá. No sé si es el mejor momento para anunciarle que su hija está embarazada...

Pancho – Unos se van, otros llegan. ¡Es el ciclo de la vida...!

Carlos – Tú sí que deberías haber sido profesor de filosofía.

Carlos se acerca hacia Leticia.

Carlos – No entiendo... ¿Cómo pasó?

Leticia – ¿No tienes ni la menor idea?

Carlos – Perdón, yo...

Leticia mira con desprecio a Carlos, totalmente despistado y lo abofetea.

Leticia – No te preocupes, era una broma.

Carlos – ¿Una broma?

Leticia – ¡La prueba de embarazo! Sí me la hice, pero es negativa idiota...

Carlos saca la prueba de su bolsillo y la mira. Pancho se aproxima, y confirma.

Pancho – Ah, sí, ¿ves...? (*Explicándole a Carlos*) esta línea la rayó con un plumón...

Carlos le mira, enfadado.

Leticia – Es hora de que madures un poco, Carlos...

Silvia y Leticia se van.

Carlos – Creo que voy a tomar otra copita...

Pancho le sirve. Carlos bebe su copa de un trago.

Carlos – Sabe a agua, este tequila...

Carlos se dirige hacia el lavabo y se cruza con Blanca, que sale de la cocina. Pancho le echa una mirada sospechosa.

Blanca (*para ella misma*) – ¿No tenía yo un teléfono en la mano...?

Jesús vuelve.

Jesús (*enfadado*) – Nunca vamos a poder hablar del accidente. ¿Dónde se habrán metido los de la funeraria...? Es que tengo que arreglar una tubería rota...

Pancho – ¿Tú eres plomero?

Jesús – Pues, sí...

Pancho – ¿Cómo te llamas?

Jesús – Jesús...

Pancho – ¡Entonces eres el que estaba esperando! (*Señalándole el sótano*) Está aquí abajo...

Jesús (*sin entusiasmo*) – ¿De qué se trata?

Pancho – Se rompió algún tubo. Nada más se escuchó el reventón...

El plomero se aproxima para mirar, dejando su manojo de llaves en la barra.

Jesús – ¡Dios mío!

Pancho (*preocupado*) – Vas a poder hacer algo, ¿verdad? No sé, meter un tornillo de urgencia o algo...

Jesús – Pues no soy mago. Soy plomero…

Pancho – Bueno, ¿y yo cómo le hago?

Jesús – Puedes llamar a los bomberos... O esperar a que el agua se evapore.

Pancho – Es que ya no tenemos agua.

Jesús (*irónico*) – ¡Pero si tienes una cascada en el sótano...! (*Viendo que a Pancho no le hace gracia*) Bueno, tan siquiera te voy a ayudar a cortar el agua abajo.

Pancho – ¿Por qué estas cosas me pasan siempre a mí?

Jesús (*arreglando algo en el sótano*) – No es que te pasen siempre a ti, sino que cuando les pasan a los demás, te importa un pepino...

Carlos sale del lavabo.

Carlos – Hay un cadáver en la mesa de la cocina...

Pancho (*preocupado por otra cosa*) – No te preocupes, es para una buena causa...

El plomero vuelve a subir.

Pancho – ¿Ya estuvo?

Jesús – Sí. Háblame cuando ya no quede agua en el sótano, para que haga la reparación.

Pancho – Bueno, ¿cuánto te debo?

Jesús – 1000 varos.

Pancho (*escandalizado*) – ¡1000 pesos por 5 minutos de trabajo!

Jesús – Es precio fijo. ¿Quieres ver la lista de precios?

Pancho – Me hubiera gustado verla antes...

Pancho toma unos billetes de su caja y se los da al plomero.

Pancho – Y pensar que un médico te cobra tres veces menos por una consulta a domicilio...

Jesús (*tomando los billetes*) – Pues la próxima vez háblale al médico. ¿Tienen venta de comida? Ya que estoy aquí...

Pancho – La cocinera no está... Solo tenemos enchiladas frías en la cocina...

Jesús no insiste.

Jesús (*yéndose*) – Bueno, pues entonces me voy.

Sale el plomero, que se cruza con Conchita, quien vuelve con varias barras de pan.

Conchita – ¿Ya arreglaron la fuga?

Pancho – Por lo menos tenemos agua.

Conchita – ¡Menos mal...! Es que ya voy retrasada en la cocina, con todo esto.

Conchita desaparece en la cocina. En seguida, se le oye gritar.

Pancho – ¡Ay!, se me olvidó avisarle lo de Pepe...

Blanca (*intrigada*) – ¿Pepe...?

Pancho va a la cocina. Vuelve sosteniendo a Conchita por el brazo.

Pancho – Dijo que volvía en 15 minutos, ya no tardará mucho. Siéntate un rato...

Pancho ve las llaves olvidadas por el plomero en la barra.

Pancho (*mostrando júbilo*) – ¡Se le olvidaron las llaves al muy imbécil del plomero!

Conchita (*despistada*) – ¿Quién?

Pancho – ¡El plomero! A ver si le habla a un cerrajero tan rata como él, cabrón.

Conchita (*pensativa*) – ¿Qué habrá hecho con eso...?

Pancho – ¡Pues nada más olvidarlas en la barra, no le sirvieron para nada más!

Conchita – No, digo Pepe. ¿Dónde habrá dejado el boleto ganador...?

Pancho (*pensativo*) – Fíjate... ¡El premio mayor...!

Conchita – A lo mejor, todavía lo tiene en el bolsillo...

Los dos miran hacia la cocina. Blanca también. Silencio. El plomero vuelve, con cara preocupada.

Jesús – No sé dónde dejé mis llaves. ¿No las han visto, de casualidad?

Pancho (*sonriendo con satisfacción*) – Pues... ¿Qué llaves eran?Jesús – Bueno... Las llaves del coche, de mi casa, de la oficina...Pancho – ¿Quieres que le hable a un cerrajero? Jesús – A lo mejor las encontramos, ¿no...? Pancho da la vuelta y agarra las llaves.

Pancho (*enseñando la llaves*) – ¿No serán éstas, por casualidad?

Jesús (*aliviado*) – ¡Sí!

Pancho finge dejar caer accidentalmente las llaves en el sótano lleno de agua.

Pancho – ¡Dios mío! Se me escaparon de la mano. ¡Se cayeron al sótano!

Cara desilusionada del plomero.

Pancho – Híjole... Todavía hay más de un metro de agua ahí abajo. Tendremos que esperar a que se evapore...

Jesús – A lo mejor puedo arreglar eso. Tengo una bomba en la camioneta.

Pancho – ¡No me digas! Pues ahora, tan siquiera, sabes dónde están las llaves...

El plomero se dirige hacia la puerta para ir a buscar la bomba.

Pancho – Está incluido en el precio, claro...

El plomero acepta con un gesto y sale. En seguida, Pancho, con una sonrisa, enseña las llaves que, en realidad, ha guardado.

ESCENA 8

Blanca va hacia la cocina. Pancho lo nota.

Pancho (*sospechoso*) – ¿Busca algo?

Blanca – Déme una de ésas tarjetas de rasca y gana...

Pancho espera el dinero antes de darle la tarjeta.

Pancho – Diez pesos.

Blanca hace como si buscara el dinero en su bolsillo. Luego se dirige hacia Carlos. Él sigue impasible, pero ella se anima.

Blanca – ¡Yo te conozco! ¿Te acuerdas?

Carlos (*inquieto*) – No...

Blanca (*traviesa*) – ¡Cómo de que no!

Carlos – Bueno, a lo mejor...

Blanca – ¿Qué haces aquí, hombre?

Carlos – Pues, nada...

Blanca – Es increíble. Cada día pareces más joven...

Carlos – Gracias...

Blanca – ¿Y tu hermana?

Carlos – ¿Mi hermana...? No tengo hermanas...

Blanca – ¡Claro...! Yo tampoco. Por lo que recuerdo. Tenía un marido, pero tuvo un accidente. Afortunadamente, ya estaba muerto...

Pancho empieza a perder la paciencia, con la tarjeta en la mano.

Pancho – Bueno... ¿La va a comprar o no?

Blanca (*a Carlos*) – ¿Me podrías ayudar con 10 pesos? No sé dónde quedó mi monedero.

Carlos pone una moneda en la barra. pancho la coge y da el rasca y gana a Blanca.

Blanca – ¡Bueno, pues gracias, Ignacio!

Carlos – De nada.

Blanca se aparta, rascando su tarjeta.

Carlos – ¿Ignacio?

Conchita busca algo en la barra.

Pancho – ¿Tú también perdiste algo?

Conchita – El celular...

Pancho – Estaba aquí en la barra hace cinco minutos...

Conchita – ¿Dónde estará...?

Pancho busca también. Blanca aprovecha la ocasión para dirigirse hacia la cocina.

Pancho (*a Conchita*) – Ahora que me acuerdo, alguien llamó preguntando por ti hace un rato... En tu celular ése...

Conchita (*preocupada*) – ¿Y contestaste?

Pancho – Pues, sí...

Conchita – ¿Y quién era...?

Pancho – Era un tal... Javier... o José...

Conchita – ¿Jesús?

Pancho – ¡Ándale!

Conchita – ¿Y qué te dijo?

Pancho – Pues... Le sorprendió que contestara yo, claro, y... Pues dijo que al final no podría estar en su cita…

Conchita, enfadada, vuelve a leer su novela sentimental.

Pancho – Todo por querer hacer un favor a la gente...

Silvia y Leticia vuelven, con una corona fúnebre con la inscripción: "Muerto por la Patria".

ESCENA 9

Carlos hace señas a Leticia, quien le ignora.

Silvia – Es increíble... Hasta los muertos tienen accidentes... Seguro que estaba hablando por teléfono...

Leticia – ¿Quién?

Silvia – ¡El plomero ése!

Vuelven a sentarse. Leticia echa una mirada a la corona.

Leticia – "Muerto por la Patria"... Parece un poco exagerado, ¿no...?

Silvia – Sólo quedaba ésta... Es mejor que nada... (*Suspirando*) Sea como sea, cuando yo me muera quiero que me entierren con el celular...

Leticia – ¿Por qué?

Silvia – ¡Por si no estoy muerta de verdad! Es mi obsesión, que me entierren viva. ¿No crees?

Leticia – No creo que eso pase muy seguido...

Silvia – ¡Y a mí qué me importa! Por si me toca a mí...

Silvia nota la presencia de Carlos, que sigue haciendo señas a Leticia para que le llame por teléfono.

Silvia – Dime, Carlos, tú que eres filósofo: ¿habrá una vida antes de la muerte?

Carlos – Querrás decir "después"...

Silvia – Aparte del caso de que te entierren viva, claro...

Carlos – Bueno, no sé si realmente es algo deseable... Como dice la heroína de mi última novela: "Aunque uno sea sordo y mudo en vida, una vez muerto quizás sea peor".

Esta última sentencia llama la atención de Conchita.

Conchita – ¡Pero si esa frase sale en "Una mujer es una mujer"! ¡Es lo que diceMichael a Samantha cuando ella esta a punto de tirarse de un acantilado! ¡Tú tienes que ser Ana Bárbara!

Estupefacción de Silvia y Leticia.

Leticia - ¿La cantante?

Conchita – No, Ana Bárbara Sheridan, la autora del libro.

Carlos – Bueno, a veces, sí... Pero... preferiría que eso siga siendo confidencial...

Conchita – Leí tu novela en una noche. Como todas las otras, la verdad...Precisamente, estaba releyéndola, por si me hubiera pasado algún detalle... ¿Me la dedicas?

Carlos – ¡Por supuesto...!

Conchita – ¡Gracias! Si hubiera sabido que Ana Bárbara Sheridan era un hombre... ¿Si eres hombre, verdad? (*Se asoma a su regazo*)

Leticia – Claro que sí.

Silvia la mira con asombro.

Carlos – Sólo trato de aportar a las mujeres la parte de romance que les falta en su vida cotidiana...

Pancho echa un vistazo a la portada del libro.

Pancho – No me digas...

Carlos – Primero intenté escribir tragedias, pero... desafortunadamente, mantenerse del teatro no forma parte de la nueva normalidad. Bueno, ni siquiera formaba parte dela antigua...

Pancho está mirando todavía la portada.

Carlos (*a Pancho*) – ¿Quieres que te dedique también un ejemplar?

Pancho – Viendo el efecto que causa en tus lectoras, me siento tentado. Pero bueno,como dice tu libro "Una mujer es una mujer" ...

Carlos intenta salir discretamente.

Carlos – Bueno... Aprecio su compañía, pero tengo que ir a clase...

Leticia – Hasta luego... Ana Bárbara...

Carlos sale. Pancho vuelve a su crucigrama. Blanca regresa discretamente de la cocina.

ESCENA 10

Pancho (*pensativo*) – Siempre está en obras... Empieza por A...

Blanca – ¡Actriz!

Pancho (*enfadado*) – ¡No le pregunté nada a usted!

Blanca – Siempre está en obras... Actriz. Está siempre en obras. Empieza por A.

Pancho continúa en su periódico. Silvia y Leticia descubren a Blanca.

Pancho – ¡Siete letras!

Blanca – Como los siete enanitos...

Pancho – ¡O como los siete números de la lotería nacional! Pancho continúa en su crucigrama.

Silvia (*aproximándose a Blanca*) – ¡Mamá! ¿Pero qué haces aquí?

Blanca – ¡Pues vengo al funeral! (*A Pancho*) ¿Quién es esta loca?

Pancho (*a Silvia*) – ¿Así que es tu mamá? Por fin... Ya no sabíamos qué hacer con ella... (*En voz baja*) Está un poco ida, ¿verdad?

Silvia – Digamos que su memoria es selectiva... Conoce muy bien el número del seguro social de su marido...

Blanca – 3 09 00 y el número clave el 14...

Silvia – Aunque, a veces, no se acuerda de que tiene marido... Bueno, ahora ya no importa tanto: está muerto...

Pancho mira en el periódico el sorteo de la lotería.

Pancho (*a Blanca*) – ¿Cuál dice que era el número del seguro social de su marido?

Blanca – 3 09 00.

Pancho – Y el complementario el 14... (*Pancho enseña el número del sorteo*) ¡Ganó! ¡Chingao! ¡Es él el que acertó el premio mayor, el gordo!

Silvia mira a Pancho inquieta, empezando a preguntarse si no ha acabado en un manicomio.

Pancho (*incrédulo*) – ¡Pepe...! ¡Ese cabrón...!

Los de la funeraria vuelven con la tapa nueva del ataúd.

Juan – Ya llegamos. Vamos a arreglar esto de una vez.

Pancho llama discretamente a Juan.

Pancho – ¿Podemos hablar un segundo antes de que cierren la caja...?

Pancho toma a Juan y a Luis aparte y les habla en voz baja.

Juan – Pues... Es un poco delicado...

Luis – Es que no está autorizado metichear en los bolsillos de nuestros clientes...

Pancho – Por lo menos pueden comentarlo con la familia. Hablamos del premio mayor.

Silvia (*inquieta*) – ¿Pero qué pasa ahora...?

Juan – Es un poco delicado...

Leticia – Ya bájale a tu delicadeza...

En voz baja, Juan expone la situación a Silvia.

Silvia – No, no hemos encontrado nada... Juan prosigue sus explicaciones.

Leticia – ¡Dios mío!

Silvia (*emocionada*) – ¿El premio mayor?

Juan – Unos 75 millones... No les cuesta nada echar un ojito mientras está en la mesa de la cocina.

Luis – Después podría ser más difícil...

Silvia y Leticia aceptan. Los empleados se dirigen hacia la cocina. Silvia y Leticia les esperan, muy ilusionadas...

Leticia – ¿Sabías que apostaba en la lotería...?

Silvia – Pues no... ¡Fíjate! Si de verdad ganó ahora que está muerto, ¡qué suerte...!, digo, ¡qué pena!

Los empleados vuelven con el ataúd sobre los hombros.

Silvia (*muy emocionada*) – ¿Qué...?

Leticia le echa una mirada de reprobación, señalándole el ataúd.

Silvia (*con cara de apuración*) – ¿Qué pasó...?

Colocan el ataúd sobre la barra, muy ceremoniosos.

Silvia (*desilusionada*) – ¿Han buscado por todas partes?

Como lo haría un ilusionista, Juan saca un boleto de su bolsillo.

Silvia (*tomando el boleto, loca de alegría*) – ¡75 millones de dólares! ¡Más de 1,500millones de pesos! (*A Pancho*) Nunca he jugado a la lotería. ¿Sabe qué hay que hacer para cobrar el dinero?

Pancho – 75 millones... Tendrá que ir a la sede en la Ciudad de México. Nadie tiene tanto dinero en caja... ¿Puedo verlo? Soy yo quien se lo vendió a Pepe...

Silvia le muestra el boleto con mucha precaución, como si se tratase del santo Sacramento.

Silvia – ¡Querido papá! Y pensar que casi despreciaba la herencia...

Pancho mira el boleto, y su sonrisa desaparece.

Pancho – ¡Mta madre!

Silvia (*inquieta*) – ¿Qué?

Pancho – No es un boleto de lotería...

Silvia – ¿Cómo?

Pancho – Es una tarjeta de rasca y gana…

Leticia – ¿Y cuál es el premio...?

Pancho rasca la tarjeta. Todos esperan el resultado.

Pancho (*entusiasta*) – ¡Ganaron...!

Silvia continúa esperando.

Silvia – ¿Cuánto?

Pancho (*mirando de nuevo*) – Diez pesos. Al menos pueden comprar otro.

Silvia – Pues dame otro.

Pancho le da otra tarjeta. Silvia rasca como una loca.

Silvia – Ahora nada...

Silvia queda hundida.

Silvia – Era demasiada buena suerte... No podía ser...

Leticia – Ya sabía yo que él no era un ganador...

Silencio.

Pancho – ¿Pero, entonces, dónde está el boleto ganador de la lotería? ¡Si se vendió en esta cantina!

Conchita – ¿Crees que alguien le haya robado a Pepe?

Pancho – Robarle a un cadáver... ¿Quién podría hacer algo tan inhumano?

Las miradas, sospechosas, se dirigen primero a los empleados de la funeraria, quienes niegan, y después hacia Blanca, quien no dice nada y pone cara de inocente. Pancho se aproxima a Blanca.

Pancho – ¿Qué tiene en la mano...? (*Pancho intenta hacerle abrir la mano*) No quiere soltarlo, la muy canija...

Pancho consigue arrancarle el billete.

Silvia – ¿Y qué, este sí es? Pancho mira el billete.

Pancho – ¡Sí, es un boleto de lotería! (*Su sonrisa desaparece)* ¡Hijo de la fregada!

Silvia – ¿Qué pasa esta vez? Soy yo quien se va morir, de un infarto...

Pancho – No es su número del seguro social...

Silvia – ¿Cómo?

Pancho – ¡Él solía apostar a su número del seguro social! El que ganó...

Leticia – ¿Y?

Pancho – Pues, que tu abuelo no es el ganador, esta vez no apostó al mismo número...

Silvia está a punto de desvanecerse...

Leticia – Creo que ya es hora de irnos al funeral...

Conchita – ¿Y a qué número apostó entonces?

Pancho (*mirando el boleto*) – Parece un número de teléfono...

Conchita agarra el boleto y lo mira.

Conchita – ¡Sí!, ¡es el mío! De seguro lo vio en la revista de ligues donde puse el anuncio... (*A Pancho*) Por cierto, todavía no encuentro mi celular ¿Lo has visto...?

Pancho – No he tenido tiempo de buscarlo. Con todo esto... (*Señalando el teléfono fijoen la barra*). Llama a tu número, a ver dónde está...

Conchita, mirando el boleto de la lotería, marca el número. Se oye un timbre en el interior del ataúd. Todos miran hacia el ataúd.

Pancho – ¿Quién habrá puesto el celular ahí dentro...? Conchita cuelga el teléfono y el timbre se detiene.

Conchita – ¿Y ahora, cómo voy a recuperar mi celular? Es que estoy esperando unas llamadas muy importantes...

El teléfono vuelve a sonar dentro del ataúd. Todos miran a Conchita.

Conchita – ¡Ah, no, esta vez no fui yo!

Pancho – El número está en el anuncio... No va parar de sonar...

Juan – De haber sabido que iba a haber tanto movimiento, le hubiera puesto puerta a este ataúd. ¿Están seguros de que no se les olvidó nada más ahí dentro?

El teléfono para de sonar... y luego vuelve a sonar.

Silvia – Bueno, hay que hacer algo, ¿no?

Luis – La incineración... es más limpio. Y nunca hay reclamaciones...

Juan, de mala gana, quita de nuevo la tapa del ataúd. Un brazo se asoma de éste y le tiende el teléfono. Juan lo toma como si nada.

Juan – Gracias.

Juan le da el teléfono a Conchita.

Conchita (*con amabilidad)* – ¿Dígame...?

Conchita se da cuenta de que todo el mundo le está escuchando, y se aparta para continuar su conversación. Luis vuelve a colocar en su lugar la tapa del ataúd.

Pancho – Pero si Pepe no es el ganador, ¿quién será?

De repente, el plomero vuelve a entrar en la cantina, enseñando un boleto de lotería.

Jesús (*histérico*) – ¡Soy yo! Acaban de anunciar otra vez el número ganador en la radio, ¡es el mío! ¡Soy yo!

Pancho (*molesto*) – Supongo que ahora tendré que buscar a otro plomero para arreglar el asunto del agua del sótano...

Conchita, interesada, termina su conversación telefónica y se aproxima al plomero.

Conchita (*encantadora*) – Afortunado en el juego, desafortunado en el amor... ¿Cómo te llamas?

Jesús – Jesús.

Conchita – ¡Jesús! ¡Pues si eres el que estaba esperando... (*El teléfono de Conchita vuelve a sonar, y contesta de mala gana*) Basta ya. La búsqueda terminó...

Conchita tira el celular al sótano lleno de agua y se le avienta a Jesús.

Jesús – ¡Ándale, Panchito! ¡Vamos a celebrarlo! ¡Invito! ¡Tequila para todos!

Pancho sirve el tequila encima del ataúd, que está en la barra. El teléfono de la cantina suena. Pancho contesta.

Pancho – Cantina Pancho dígame...

Todos empiezan a brindar. Pancho intenta hablar a los de la funeraria, alzando la voz.

Pancho – ¡Hablaban del panteón...! El enterrador... (*Pancho señala el ataúd*). Que quieren saber si es para hoy o ya mejor mañana...

Juan – Dile que se venga a tomar una copa con nosotros...

El plomero nota por fin el ataúd sobre la barra.

Jesús – ¿Y esto qué es...?

Pancho – Esto... Es Pepe... (*Pancho parece pensar en algo y busca en sus bolsillos,mirando al plomero*) Por cierto... ¿dónde dejé tus llaves...?

Pancho mira hacia el ataúd. Juan lo mira, inquieto...

Juan – ¡No me digas...!

Pancho – Bueno... ¿Otra copita?

Pancho le sirve.

Luis – Pepe... Pobrecito... Nunca tuvo suerte. (*Luis golpea tres veces encima del ataúd*) Ahora está muerto, y ya no puede brindar con nosotros...

La tapa del ataúd se levanta. Sale el busto de Pepe.

Pepe – ¡Que descanse en paz, decían!

Todos miran estupefactos a Pepe, que alarga un vaso.

Pepe – ¿Qué me ven?, nomás vine a echarme una última copita. No ven que allá arriba no va a haber ninguna cantina de Pancho.

Se vuelve a meter al ataúd.

Fin.

El autor

Jean-Pierre Martinez es autor teatral y guionista francés de origen español. Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, sube al escenario primero como baterista en diversos grupos de rock, antes de hacerse semiólogo para la publicidad. Luego trabaja como guionista para la televisión, y vuelve al teatro como autor. Ha escrito más de 60 guiones para distintas series de la televisión francesa, y 100 comedias para el teatro. Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia, y varias de sus obras han sido ya traducidas en español y en ingles.

Es licenciado en literatura española e inglesa (Sorbonne), en lingüística (Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales), en economía (Institut d'Études Politiques de Paris), y en escritura de guiones (Conservatoire Européen d'Ecriture Audiovisuelle). Jean-Pierre Martinez ha escogido ofrecer todos los textos de sus obras para descargar gratuitamente en su web :

https://comediatheque.net/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2
El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
Foto de Familia
Sin flores ni coronas
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6
Crisis y Castigo
Pronóstico reservado

Comedias para 7 a 10
Bar Manolo
El pueblo más cutre de España
Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Comedias de sainetes (sketches)
Breves del tiempo perdido
Ella y Él
Muertos de la Risa

Este texto está protegido por las leyes
relativas al derecho de propiedad intelectual.
Toda copia es susceptible de una condena,
hasta de 300 000 euros y 3 años de prisión.

París - Abril de 2022
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-062-8
https://comediatheque.net/